FL 03 57

Lengua y literatura griega 1, tema 31. Ejercicios prácticos sobre el tema 31 por el equipo docente constituido por José María Lucas de Dios, Pedro Vádanas de la Peña y Concepción Morales Otal. En esta sexta unidad didáctica seguiremos el mismo procedimiento empleado en la quinta.

Dedicaremos una primera parte a consideraciones y comentarios de carácter lingüístico con vistas a una más profunda comprensión de los textos estudiados. En un segundo momento pasaremos a leer una serie de fragmentos que nos amplíen la visión obtenida en el apartado C de cada tema en concreto. En el programa que hoy nos ocupa trabajaremos sobre los textos de Heráclito y Demócrito que están recogidos en los párrafos 172, 173 y 174 en las páginas 161 a 163 de la primera antología griega.

Sintácticamente no hay grandes dificultades en el párrafo 172. En él se han reunido un gran número de pensamientos heraclíteos sobre la estructura opositiva del cosmos base de la doctrina de Heráclito y así vemos cómo empieza el filósofo diciendo el Dios es el día y la noche, etcétera. Notemos la forma utilizada para aludir al concepto de noche.

En nuestro texto se la denomina la euphrone que realmente quiere decir la bienhechora puesto que es un término compuesto del adverbio eu que significa bien y un derivado del sustantivo frenos que corresponde en un gran número de ocasiones a nuestro concepto de inteligencia. En la línea novena de la página 162 tenemos una máxima que tal vez pueda crear alguna dificultad. Nos estamos refiriendo a la que dice Harmonie Afanés Fanerés Creyson.

Es como gran parte del texto este párrafo 172 un claro ejemplo de oración nominal, es decir sin verbo. El sujeto es evidentemente el término Harmonie Afanés, la armonía oculta. A este sujeto nos ha referido un predicado nominal, en este caso es Creyson.

Creyson es un comparativo. La presencia de este comparativo introduce la existencia de dos partes que son comparadas a través de este comparativo precisamente. El primer término de la comparación es el sujeto ya aludido, el segundo término de la comparación es Fanerés, un genitivo singular femenino del adjetivo Fanerós, Fanerás, Fanerón.

La forma más conocida para nosotros de este genitivo sería Fanerás, pero en nuestro texto encontramos Fanerés, lo que es un rasgo dialectal del jónico, dialecto este en que escribió Heráclito. Sintácticamente no tenemos nada nuevo, puesto que sabemos que una de las posibles construcciones del segundo término de la comparación es el genitivo, como en el caso presente. Por lo tanto ya es más fácilmente comprensible el pensamiento mencionado en esta frase.

Pasemos ahora al párrafo 173. La primera palabra polimacie es de gran importancia para el pensamiento heráclitеo. Heráclito a lo largo de todas sus máximas no se cansa de repetir que la única verdadera sabiduría es el conocimiento del orden del cosmos, o más específicamente el

conocimiento del sistema de oposiciones de las cosas, que en definitiva es lo mismo que conocer el cosmos.

Esta idea la encuentra expresada con claridad en la máxima segunda de este párrafo 173. Frente a este tipo de sabiduría precisa y simple de Heráclito está la polimacie de otros pensadores, que para Heráclito es la sabiduría de muchas cosas parciales, pero a la vez el desconocimiento de la auténtica esencia del cosmos. Para la comprensión perfecta de esta misma sentencia es necesario fijarse en el empleo de la partícula an, que aparece al final de la línea primera.

Ya hemos dicho repetidas veces que esta partícula, con un tiempo histórico del indicativo, casi siempre añade el matiz de irrealidad, es decir, de acción no realizada. Más aún, cuando el tiempo histórico del indicativo es el ahoristo, entonces suele tratarse de irrealidad correspondiente al pasado, como sucede en nuestro texto con el giro an edidaxe. Este es un ejemplo claro de la importancia que tiene el empleo de esta partícula si queremos comprender un texto en que ella aparezca.

En la línea primera de la página 163 encontramos el numeral gen. Es el nominativo neutro correspondiente al masculino heis y al femenino mía. El tema base de este numeral es sem con grado e y raíz sem con grado cero.

La primera variante la encontramos en el masculino y el neutro, mientras el grado vocálico cero aparece en el femenino. La forma inicial para el masculino es sems, o sea, un tema sem, y la sigma correspondiente al nominativo singular masculino, es decir, sems. En esta forma, sems, tienen lugar dos fenómenos fonéticos.

Primero, la sigma inicial cae, como ya sabemos, y deja un espíritu áspero. Por lo tanto, tendremos un segundo paso que será fems. En segundo lugar, debemos saber que el grupo consonántico ms se simplifica con la caída de la mi y el alargamiento compensatorio de la sílaba anterior.

Sabemos que en jónico ático la epsilón se alarga en ey, elarga cerrada. Por lo tanto, a partir de la forma ya indicada, hems, se desemboca a la definitiva heis. El proceso en su conjunto sería sems, da lugar a hems, y esta a su vez heis.

El neutro, como suele suceder en griego, es el tema puro, sin ningún tipo de desinencia. En nuestro caso será originariamente sem, sólo que también aquí, lógicamente, cae la sigma inicial y deja un espíritu áspero, por lo que la forma resultante para el neutro será hems. Pero debemos saber, para entender en su totalidad la formación de esta palabra, que en griego la m en posición final se altera cambiándose por una ni.

Por esta razón, la forma del neutro es hems, como aparece en nuestro texto de la página 163. El femenino de este numeral, ya hemos dicho más arriba, que tiene grado vocálico cero en la raíz y que, por lo tanto, será ésta sm, es decir, sm. Para la formación de este femenino, se ha

utilizado el sufijo ya, característico de formaciones nominales femeninas.

La forma resultante será smia. La sigma inicial, smia, cae, como hemos podido observar al respecto, en el masculino y en el neutro, sólo que aquí, al no empezar el término por vocal, no ha quedado constancia del espíritu áspero consiguiente a la caída de la sigma inicial. La forma definitiva del femenino de este numeral será, por lo tanto, mia.

Pasemos finalmente al párrafo 174. En la tercera y cuarta línea encontramos dos adjetivos adverbializados. Nos estamos refiriendo a las formas pleista y elagista.

Debemos saber que, para formar adverbios a partir de adjetivos, se utilizan diferentes procedimientos según se trate del grado positivo, comparativo o superlativo. Para formar un adverbio en grado positivo, a partir de un adjetivo en os, se alarga esa omicron del adjetivo en omega y ya tenemos un adverbio. Así que al os con omicron es el adjetivo que significa hermoso, bello.

Mientras que si tenemos calos con omega, se trata de un adverbio, hermosamente, bellamente. Ahora bien, para el adverbio en grado comparativo, se utiliza la forma neutra del singular del adjetivo correspondiente en comparativo. Si por el contrario se trata de emplear el adverbio en grado superlativo, se utiliza la forma de neutro plural en superlativo del adjetivo correspondiente.

Y esto es precisamente lo que tenemos delante en nuestro texto con los términos pleista y elagista. Ya en programas anteriores hemos hablado del sufijo terion, como sufijo de lugar en donde. En este párrafo 174 lo encontramos en la forma oiketerion, que podríamos traducir por morada.

Prácticamente puede decirse que es un sinónimo del sustantivo oikos. En la segunda parte de esta emisión, según tenemos por costumbre, vamos a ofrecer algunos textos y comentarios que sirvan de apoyo a la traducción de los fragmentos señalados en este tema 31, así como a los comentarios hechos sobre Heráclito y Demócrito en el apartado de las explicaciones complementarias. A Heráclito podemos considerarlo como el primer representante del pensamiento dialéctico occidental.

Heráclito, al revés que Parménides, no desprecia el mundo de la percepción sensible, de las sensaciones, como si fuera algo aparencial. Al contrario, Heráclito convierte en centro de su filosofía a este continuo cambio del mundo de las sensaciones. El fragmento 91 de la edición de Diels explica por qué pudo considerar el fluir de todas las cosas como el elemento esencial de su doctrina.

Dice así este fragmento. No es posible penetrar dos veces en el mismo río, ni tocar dos veces una sustancia perecedera en un mismo estado. Más ésta, por la fuerza y la velocidad del cambio, se dispersa y de nuevo se concentra, o mejor dicho, no de nuevo ni otra vez, sino al mismo tiempo, se concreta y fluye, se avecina y se aleja.

Heráclito llega a pensar que es precisamente la experiencia la que conduce a imaginar el mundo como toda una suma de tensiones contrapuestas. En este sentido, es como el filósofo de Éfeso entiende el cambio de la realidad a base de una alteración constante de principios contrarios, opuestos entre sí. Este esquema de oposición de contrarios, Heráclito lo trasciende más allá del mundo de lo tangible, de manera que ese devenir entre opuestos es el principio general y motriz de la naturaleza, a cualquiera que sea su nivel.

En el fragmento 67, visto ya en el texto de la antología propuesto para la traducción del tema 31, vemos la manifestación de lo que acaba de decirse cuando Heráclito se expone, se expresa así. El Dios, día, noche, invierno, verano, guerra, paz, hartazgo, hambre, etcétera. Detrás de cada una de esas oposiciones, no hay que ver una dispersión que impida llegar a una concepción disgregadora de la naturaleza, al revés, puede traslucirse una unidad perfectamente coherente.

Por supuesto que ese concepto de divinidad, definida mediante las oposiciones escuchadas, no es en absoluto análogo al de un principio inmanente y unitario en sí mismo, a la manera cristiana. Sin embargo, la unidad entendida como integrada por principios en oposición dialéctica, es el fundamento del Logos, en cierto modo el Dios Heráclitеo, principio de inspiración para los hombres. Solo en esta línea deben entenderse estas palabras del fragmento 114, que dice así, pues todas las leyes humanas se nutren de la única divina, ya que ésta domina cuanto quiere y a todas las auxilia y las abarca.

Queremos dedicar también un breve espacio a ampliar, con nuevos textos, lo visto a propósito de los fragmentos de Demócrito estudiados en el tema. La escuela de Abdera fue fundada por Leucipo, cuya figura no es fácil distinguir de la de Demócrito. Demócrito es contemporáneo de Sócrates y Protágoras.

De su obra enciclopédica, tanto por la magnitud como por su contenido, no nos quedan sino miserables fragmentos y testimonios indirectos. Esta escuela está unida a la de los Eleatas. El atomismo de Demócrito y Leucipo procede de la reflexión de la doctrina del ser, elaborada por Parménides, pero el camino tomado por Leucipo llega a oponerse al seguido por Parménides y Jenófanes.

El pensamiento de la escuela de Elea se cimenta en una rigurosa reflexión sobre la naturaleza del ser. Para esta escuela, el ser es eterno, ya que no puede nacer de lo que ya existe, ni tampoco del no-ser. Por otro lado, el ser se considera algo perfecto y acabado, quedando excluido de él todo movimiento o cambio.

Demócrito y Leucipo, por el contrario, aunque coinciden con los Eleatas en los caracteres generales del ser, necesitan introducir un principio que haga posible la realidad del cambio para entender así la existencia del movimiento. Aceptan pues los de Abdera la plenitud del ser creando frente a él la realidad del vacío. Este concepto de vacío, o sea, algo negativo, hace posible el movimiento al enfrentarse con el concepto positivo del ser.

En suma, tenemos el ser, no-ser, y la realidad será entonces algo más la falta de algo, es decir, átomos más vacío. Escuchemos algunos testimonios de los atomistas recogidos por Diógenes Laercio. Dice así, los principios de todas las cosas son los átomos y el vacío.

Hay infinitos mundos que son engendrados y perecederos. Nada procede de la nada y nada vuelve después de haber sido destruido. Los átomos son infinitos por su tamaño y número.

Cambian de lugar en el universo por movimientos giratorios y de este modo se forman los compuestos fuego, agua, aire y tierra, que son conjuntos de átomos que a causa de su rigidez ni se pueden dividir ni modificar. Las cualidades son cosas convencionales. En la naturaleza sólo hay átomos y vacío.

La concepción del mundo por parte de los atomistas como demócrito es mecanicista, con lo que lógicamente el azar y la providencia quedan excluidos del devenir. Este testimonio que recoge Aetio a propósito de la estrecha conexión entre la escuela de Abdera y Epicuro señala la esencia del pensamiento materialista. Dice, Leucipo y Demócrito afirman que el mundo es esférico.

Según ellos, y también Epicuro, el mundo no está animado ni gobernado por una providencia, sino por una cierta fuerza creadora, ciega y compuesta de átomos.